acercamos á la ventana; se oian truenos lejanos y el ruido apacible de una abundante lluvia que caia sobre los campos. Una atmósfera tibia nos acariciaba con oleadas de los más suaves perfumes.

Carlota habia apoyado los codos en el marco de la ventana y miraba hácia la campiña; despues levantó los ojos al cielo; despues los fijó en mí y vi que los tenía cuajados de lágrimas; despues puso su mano sobre la mia y exclamó: — ¡Oh, Klopstock (1)!

Abismado en un torrente de emociones que esta sola palabra despertó en mi espíritu, recordé al instante la oda sublime que ocupaba á la sazon el pensamiento de Carlota. No pude resistir: me incliné sobre su mano, se la llené de besos y de lágrimas de placer, y volvieron mis ojos á encontrarse con los suyos. ¡Oh insigne poeta! Esta sola mirada, que debias haber visto, basta para tu apoteosis. ¡Ojalá no vuelva yo á oir pronunciar tu nombre, tan frecuentemente profanado!

19 de Junio.

¿En qué punto de mi relato quedé el

(1) Federico Gottlieb Klopstock, poeta sajon que nació en 1724 y murió en 1803. Entre sus obras se cuentan las ODAS, las ELEGIAS, y un poema titulado MESIADA.

(*Nota del traductor.*)

otro dia? No lo recuerdo, y sólo puedo decirte que eran las dos de la madrugada cuando me acosté, y que si en vez de escribirte hubiera podido hablarte, acaso te hubiera hecho pasar toda la noche en claro.

Nada te he dicho aún de lo que sucedió á nuestro regreso del baile, ni hoy tengo disponible el tiempo que necesitaria para hacerlo.

El dia amaneció deslumbrador. Algunas gotas de agua caian de las hojas de los árboles, y la campiña hacia gala de vivificante humedad. Nuestras compañeras de viaje comenzaron á dar cabezadas, y Carlota me dijo que si yo queria hacer otro tanto no lo dejase por ella.

— Miéntras vea esos ojos abiertos, le contesté fijando en ella mi mirada, no hay peligro de que yo me duerma.

Uno y otro hemos llegado despiertos á su casa. La criada le abrió la puerta sin hacer ruido, y habiéndole preguntado Carlota por su padre y hermanitos, aseguró que todos seguian bien y durmiendo á pierna suelta. Despedíme de ella, pidiéndole permiso para volver á verla el mismo dia. Me lo concedió, fuí, y desde entónces bien pueden el sol, la luna y las estrellas recorrer sosegadamente sus órbitas, sin que yo sepa si es de dia ó de noche, por-

que todo el universo ha desaparecido ante mis ojos.

21 *de Junio.*

Paso unos dias tan felices como los que Dios reserva á sus elegidos, y sucédame lo que me suceda, no podré decir que no he saboreado los placeres más puros de la vida. Me he establecido enteramente en mi retiro de Wahlheim, que ya conoces; allí no me separa más que media legua de distancia de la casa de Carlota; allí estoy siempre contento, y gozo cuanto el hombre puede gozar en la tierra.

Cuando elegí á Wahlheim por límite de mis excursiones, ¿cómo hubiera yo podido figurarme que estuviese tan cerca del cielo? ¡Cuántas veces, prolongando mis largos paseos, he visto más allá del rio, ora desde la cima de la montaña, ora desde lo hondo del valle, esa casa de campo que hoy es el centro de todos mis deseos!

He hecho, mi querido Guillermo, mil reflexiones sobre el afan con que el hombre trata de extenderse fuera de sí mismo, de hacer nuevos descubrimientos y de correr sin objeto fijo; despues he meditado sobre la oculta inclinacion que le hace buscarse límites y seguir el camino trillado, sin cuidarse de lo que hay á derecha ó á

izquierda. Cuando yo vine aquí y contemplé desde la colina este hermoso valle, me atrajo hácia él un encanto inconcebible..... Allá abajo el bosquecillo.....—¡Ah, si tú pudieras descansar á su sombra! Allá arriba la cumbre de la montaña.....—¡Ah, si tú pudieras contemplar desde ella este soberbio paisaje! Y estas cordilleras de colinas, y estos valles solitarios... ¡Oh, quién pudiera perderse en su seno!..... Yo iba y venía sin encontrar jamas lo que buscaba. Con lo que está distante de nosotros sucede lo que con el porvenir. Un horizonte inmenso y oscuro se extiende delante de nuestro espíritu; en él, al par que nuestras miradas, se sumergen nuestros sentimientos y ¡ay! ardemos en deseos de entregarle por completo nuestro sér, soñando saborear en toda su plenitud las delicias de una sensacion grande, sublime, sin igual. Pero cuando hemos corrido para llegar; cuando el *allí* se ha convertido en *aquí*, vemos que todo es como era ántes, permanecemos en nuestra miseria, encerrados en el mismo círculo, y el alma suspira por la ventura que acaba de escapársele.

Por eso el hombre más inquieto y vagamundo vuelve al fin los ojos hácia su patria, y halla en su lugar, en los brazos de su esposa, en medio de sus hijos, y entre-

gado á los cuidados que se impone para el bien de tan queridos seres, la dicha que en vano ha buscado por toda la tierra.

Cuando al despuntar el dia me pongo en camino para ir á mi nido de Wahlhein, y en el jardin de la casa donde me hospedo cojo yo mismo los guisantes, y me siento para quitarles las brizuas al mismo tiempo que leo á Homero; cuando tomo un puchero en la cocina, corto la manteca, pongo mis legumbres al fuego, las tapo y me coloco cerca para menearlas de cuando en cuando, entónces comprendo perfectamente que los orgullosos amantes de Penélope puedan matar, descuartizar y asar por sí mismos los bueyes y los cerdos. No hay nada que me llene de ideas más pacíficas y verdaderas que estos rasgos de costumbres patriarcales, y, gracias al cielo, puedo emplearlos, sin que sea afectacion, en mi método de vida.

¡Cuán feliz me considero con que mi corazon sea capaz de sentir el inocente y sencillo regocijo del hombre que sirve en su mesa la col que él mismo ha cultivado, y que ademas del placer de comerla, tiene otro mayor recordando en aquel instante los hermosos dias que ha pasado cultivándola, la alegre mañana en que la plantó, las serenas tardes en que la regó, y el gozo con que la veia medrar de dia en dia!

29 *de Junio.*

El médico de la ciudad estuvo anteayer en casa del juez y me halló, entre los hermanos de Carlota, echado en el suelo, donde unos gateaban sobre mí, otros me pellizcaban y yo les hacia cosquillas, formando todos juntos un ruido espantoso. El Doctor, sabio maniquí que miéntras habla se arregla los puños y una chorrera que vale por dos, juzgó mi faena indigna de un hombre de seso; lo conocí en su semblante. Sin turbarme, ni mucho ménos, le dejé mascullar estupendos discursos, ocupándome entre tanto en levantar los castillejos de naipes de los niños, que éstos habian echado por tierra: él se apresuró á decir en la ciudad que los hijos del juez estaban muy mal criados, y que Werther acaba de echarlos á perder.

Si, querido Wilhelm, no hay nada en el mundo que interese á mi corazon tanto como los niños. Cuando los observo y descubro en estos diablillos los gérmenes de todas las virtudes, de todas las facultades que algun dia les serán necesarias; cuando veo en su terquedad la constancia y la entereza futuras, en su travieso desenfado el buen humor y la indiferencia con que más adelante sortearán los peligros de la vida... todo esto tan puro, tan entero... entónces

yo repito siempre, siempre, las admirables palabras del gran Maestro de los hombres: *¡Si no os haceis semejantes á uno de ellos!* Y sin embargo, amigo mio, nosotros tratamos como á esclavos á estas criaturas, que son nuestros iguales, y que debiamos tomar por modelos. No les concedemos voluntad propia; pero ¿la tenemos nosotros? ¿Cuál es, pues, nuestra prerogativa? ¿Acaso consiste en la mayor edad é inteligencia? ¡Oh, Dios eterno! Desde tu cielo tú ves niños viejos, niños jóvenes, y nada más. Hace mucho tiempo que tu hijo nos hizo saber cuáles son los que tú prefieres. Pero los hombres creen en él y no le escuchan: ésta es tambien una añeja costumbre..... y hacen á sus hijos como ellos son y.....— Adios, Guillermo; no quiero desatinar más sobre esta materia.

1.° de Julio.

Mi corazon, que sufre más que el que se consume en el lecho del dolor, comprende lo útil que debe ser Carlota para un enfermo. Ésta va á pasar ahora algunos dias en la ciudad, cuidando á una excelente señora, que, al decir de los médicos, está cerca de su fin, y desea llegar al amargo trance en brazos de mi amiga. La semana pasada hicimos una visita al cura de San***,

aldehuela situada en la montaña, á una legua de aquí. Carlota llevaba consigo á la mayor de sus hermanas, cuando entramos en el patio de la casa, al que daban sombra dos grandes nogales; el buen anciano estaba sentado en un escaño, delante de la puerta. Pareció reanimarse á la vista de Carlota; olvidó su nudoso baston, y se arriesgó á salir á recibirla. Carlota corrió hácia él, le obligó á sentarse, haciéndolo ella á su lado; le dió mil recuerdos de parte de su padre, y besó al hijo del cura, que es un mequetrefe muy mimado y muy sucio. Si tú la hubieses visto cómo entretenia al pobre viejo, cómo alzaba la voz para hacerla penetrar en sus oidos, casi embotados, cómo le hablaba de jóvenes robustos que habian muerto de repente, y de la excelencia de las aguas de Carlsbad, aprobando la intencion que tenia el cura de ir á tomarlas el verano del año siguiente, cómo le manifestaba que tenía mejor semblante y un aire más animado que la última vez que se habian visto... Miéntras tanto yo ofrecí mis respetos á la mujer del sacerdote. Éste se habia puesto más contento que unas pascuas, y no pudiendo yo resistir el deseo de alabar los hermosos nogales que nos daban agradabilísima sombra, emprendió, no sin algun trabajo, la tarea de contarnos su historia.— «No sa-

bemos, dijo, quién ha plantado el más viejo; unos dicen que fué tal cura, otros que tal otro. El más jóven tendrá cincuenta años cuando llegue Octubre: es de la edad de mi mujer. Su padre, que me precedió en este curato, lo plantó una mañana, y ella vino al mundo la noche del mismo dia. No podré deciros cuánto queria él este árbol; pero os diré que no le quiero yo ménos. Siendo un pobre estudiante, vine aquí por primera vez hace veinte y siete años: la que hoy es mi mujer estaba haciendo media debajo del nogal, sentada sobre una viga.» Habiéndole preguntado Carlota por su hija, dijo que habia ido con M. Schmidt al llano á ver los trabajadores; despues continuó su discurso, refiriéndonos cómo le habian tomado cariño en aquella casa, cómo llegó á ser Vicario de su antecesor, y cómo, por último, le habia reemplazado. Apénas dió punto á su relato, cuando vimos llegar por el jardin á su hija, acompañada de M. Schmidt. Saludó á Carlota con la mayor cordialidad, y debo confesar que me fué muy simpática. Es una morenita vivaracha y esbelta, capaz de hacer pasar á cualquiera en el campo una deliciosa temporada. Su novio (pues M. Schmidt se presentó desde luégo como tal) es un jóven de buen aspecto, pero taciturno; en vano le incitó várias veces Carlota á que tomase

parte en nuestra conversacion. Lo que más me enfadó fué que creí notar en su tono que aquella tenacidad con que se oponia á comunicarse, no era hija de la falta de talento, sino del capricho y el mal humor. Por desgracia tuve bien pronto ocasion para convencerme de ello; pues miéntras Federica paseaba y charlaba con mi amiga, é incidentalmente conmigo, la cara de M. Schmidt, que era de suyo algo morena, tomó un tinte sombrío, tan pronunciado, que Carlota se vió en el caso de llamarme la atencion y hacerme comprender que no debia mostrarme tan galante con aquella jóven. No hay nada que me disguste tanto como ver á los hombres martirizarse unos á otros, sobre todo cuando en la flor de la edad, pudiendo abrirse fácilmente los corazones á todos los deleites del contento, pierden por tonterías aquellos dias hermosos, sin apercibirse hasta muy tarde de que semejante prodigalidad no tiene reparacion posible. Esta idea me atormentaba, y cuando al anochecer volvimos al presbiterio y nos sentamos á una mesa, donde nos sirvieron lacticinios, aprovechando la circunstancia de estarse hablando sobre los placeres y penas de la vida, troné con todas mis fuerzas contra el mal humor.— «Los hombres, dije, nos quejamos con frecuencia de que son muchos más los dias

malos que los buenos, y me parece que casi nunca nos quejamos con razon. Si nuestro corazon estuviera siempre dispuesto para gozar de los bienes que Dios nos dispensa cada dia, tendriamos bastante fuerza para soportar los males cuando se presentan.» —«El buen ó mal humor no obedece á nuestra voluntad, exclamó la mujer del cura. ¡Cuántas cosas hay que dependen del cuerpo!... Todo nos fastidia cuando no estamos bien.» Manifesté que pensaba lo mismo, y añadí: «Consideremos ese fastidio como una enfermedad, y veamos si hay manera de curarla.» —«Eso es hablar razonablemente, dijo Carlota, y, por mi parte, creo que podemos hacer mucho: hablo por experiencia. Cuando alguna cosa me mortifica y comienzo á ponerme triste, corro á mi jardin, me paseo tarareando algunas contradanzas y se acabó la pena.» —«Eso queria yo decir, repuse al instante. Sucede con el mal humor lo que con la pereza. Hay una especie de pereza, á la cual propende nuestro cuerpo, lo que no impide que trabajemos con ardor y encontremos un verdadero placer en la actividad, si conseguimos una vez hacernos superiores á esa propension.» Federica estaba muy contenta: su novio me replicó que no siempre es el hombre dueño de sí mismo, y sobre todo, que no hay me-

dio conocido para manejar los sentimientos. —«Aquí se trata, respondí, de una sensacion desagradable, que ninguno querria experimentar, y mal podemos conocer la extension de nuestras fuerzas si no las ponemos á prueba. Todo el que está enfermo consulta con los médicos, y nunca rechaza el tratamiento más penoso ni las medicinas más amargas, si cree recobrar la salud que desea.» Advirtiendo que el buen anciano aplicaba el oido para participar de la conversacion, levanté la voz, y le dirigí estas palabras: —«Se predica contra muchos vicios; pero no sé que nadie haya predicado contra el mal humor» (1).—«Eso toca á los párrocos de las ciudades, dijo el padre de Federica; los aldeanos no tienen ni noticia de tal achaque. Sin embargo, no vendria mal alguna que otra vez un sermoncito: á lo ménos seria una leccion para el juez y para nuestras mujeres.» Todos nos reimos de este final; él mismo hizo lo propio, y tanto, que comenzó á toser, con lo cual quedó interrumpida la conversacion por algunos minutos. Despues tomó la palabra M. Schmidt, y me dijo: —«Habeis dado el nombre de vicio al mal humor, y me parece

(1) Hoy tenemos sobre este tema un excelente sermon de Lavater, que forma parte de los que ha basado en el libro de Jonás. (*Nota del Autor.*)

que eso es exagerar.» —«De ningun modo, repliqué; ¿cómo he de calificar una cosa que daña á nuestro prójimo y á nosotros mismos? ¿No basta con que no podamos hacernos felices los unos á los otros? ¿Es tambien preciso que acibaremos el placer que cada uno puede procurarse áun á sí propio? Citadme un atrabiliario que sepa disimular su mal humor y soportarlo solo para no turbar la alegría de los que le rodean. ¿No es más bien un despecho oculto, hijo de nuestra pequeñez, un descontento de nosotros mismos, mezclado siempre con alguna envidia, excitada por una loca vanidad? Vemos gente feliz que no nos debe su felicidad, y esto nos es insoportable.» Carlota me miró, riéndose de la vehemencia con que yo hablaba, y una lagrima que sorprendí en los ojos de Federica me animó á continuar.—«¡Mal hayan, dije, aquellos que utilizan el imperio que tienen sobre un corazon, para arrancarle las alegrías inocentes que brotan en él! Todos los dones, todos los agasajos posibles, no bastan á pagar un instante del placer espontáneo, que suele convertir en amargura la envidiosa suspicacia de nuestro verdugo.»

Mi corazon estaba lleno de pasion en este momento; mil recuerdos se arremolinaban en mi alma, y el llanto se agolpó á mis ojos. Continué:

—«¿Por qué no hemos de decirnos cada dia: todo lo que puedes hacer por tus amigos, es respetar sus placeres y aumentarlos tomando parte en ellos? ¿Puedes acaso ofrecerles una gota de bálsamo consolador, cuando sus almas se hallan atormentadas por una pasion que las aflige, despedazadas por el dolor?..... y cuando la última, la más espantosa enfermedad sorprenda á quien hayas atormentado en sus horas de dicha; cuando en el lecho, en el más triste abatimiento, levante al cielo sus apagados ojos y el sudor de la muerte se apodere de su frente lívida, y tú, de pié junto á la cama, como un condenado, veas que nada puedes con todo tu poder, y sientas filtrarse la angustia hasta el fondo de tu alma, pensando que lo darias todo por depositar en el seno del moribundo un átomo de alivio, una chispa de valor!.....»

Estas palabras me hicieron recordar de una manera vigorosa, un suceso parecido que yo habia presenciado. Me alejé del grupo, llevándome el pañuelo á los ojos, y sólo volví en mí cuando la voz de Carlota me gritó: —«¡Vámonos!»—¡Cómo me ha regañado durante el camino, por dedicar á todo un entusiasmo vehemente!..... Dice que esto me matará si no consigo dominarme. ¡Oh! ¡no, ángel mio! Yo quiero vivir para tí.

6 de Julio.

Carlota está siempre al lado de su moribunda amiga, y siempre es la misma: siempre esta criatura afable y benéfica, cuya mirada, donde quiera que se fija, dulcifica el dolor y hace felices á las personas. Ayer tarde fué á pasearse con Mariana y la pequeña Amelia. Yo lo sabía, me reuní con ellas y caminamos juntos. Despues de haber andado como una legua y media, volvimos hácia la ciudad, y llegamos á la fuente, que ya me gustaba mucho y que ahora me gusta mil veces más.

Sentóse Carlota sobre el pequeño muro: los demas estábamos de pié delante de ella. Miré á mi rededor, y me acordé del tiempo en que mi corazon estaba solitario.—¡Fuente querida! me dije á mi mismo, ¡cuánto tiempo hace que no he gozado de tu frescura, y cuántas veces pasando deprisa junto á tí, ni siquiera te he mirado!» Bajé los ojos y vi que subia la pequeña Amelia con un vaso de agua, cuidando de no verterlo. Miré á Carlota y comprendí todo lo que ella es para mí. En esto llegó Amelia con su vaso; Mariana quiso quitárselo.—«¡No! exclamó la niña con la más dulce expresion ¡no! Lota, tú has de beber ántes que nadie.» La verdad, la bondad con que aquella muñeca pronunció estas

palabras, me arrebataron hasta el punto de que, para expresar mis sentimientos, no supe hacer otra cosa que tomarla en mis brazos, y besarla con tanta efusion, que comenzó á gritar y á llorar.

—«Eso no está bien hecho, me dijo Carlota.» Quedéme confuso.—«Vén, Amelia, prosiguió, cogiéndola de la mano y haciéndola bajar los escalones. Lávate en seguida en esa agua fresca, y no te sucederá nada.» Fijé mi atencion en la niña, que afanosa se frotaba las mejillas con sus manos mojadas, convencida de que la fuente milagrosa la limpiaria de toda mancha, quitándole la afrenta de haber sido tocada por una barba impura! Carlota le decia:—«¡Basta ya!» y ella continuaba frotándose con nuevo brío, como si miéntras más lo hiciese fuera mejor. Guillermo, te aseguro que no he asistido á ninguna ceremonia con más respeto..... y cuando Carlota subió, de buena gana me hubiera prosternado á sus piés, como ante los de un profeta redentor de los pecados de un pueblo. No pude resistirme al deseo de contar por la noche lo sucedido, con toda la alegria de mi corazon, á uno que yo creia sensible, porque tiene agudeza: ¡cómo me equivocaba! Censuró la conducta de Carlota; dijo que no se debia hacer creer nada á los niños; que estos abusos eran orígen de errores y supersticiones sin número,

que hay necesidad de evitar desde muy temprano..... Entónces recordé que ocho dias ántes habia hecho este charlatan bautizar á un niño, por lo cual, oyéndole como el que oye llover, seguí siendo fiel con todo mi corazon á esta verdad: — Es preciso obrar con los niños como obra con nosotros el Señor, que nunca nos hace más felices que cuando nos deja embriagarnos con una ilusion agradable.

8 de Julio.

¡Qué niños somos! ¡Con qué vehemencia suspiramos por una mirada! Habíamos ido á pié á Wahlheim; las señoras salieron en coche, y durante nuestro paseo creí ver en los ojos negros de Carlota..... Soy un loco: perdóname. Sería preciso que vieras estos ojos. Abreviaré, porque el sueño cierra los mios. Las señoras subieron en el coche, y al lado estábamos el jóven W***, Selstadt, Audran y yo. Charlaban por la portezuela con estos jóvenes aturdidos, que son por cierto locos y superficiales. Yo buscaba los ojos de Carlota: ¡ay! sus miradas vagaban, ya á un lado, ya á otro, sin dirigirse á mí, que sólo de ella me ocupaba. Mi corazon le dijo «adios» mil veces; pero ella no me veia. Pasó el coche y una lágrima humedeció

mis párpados. Lo seguí con la vista: Carlota sacó la cabeza por la portezuela y se volvió á mirar.... ¡ah!... ¿era á mí? Amigo mio, floto en esta incertidumbre: esto me consuela. Acaso se volvió para verme; acaso..... — Buenas noches. ¡Oh! ¡qué niño soy!

10 de Julio.

Quisiera que vieses la cara estúpida que pongo cuando la gente habla de Carlota, y, sobre todo, cuando me preguntan si me gusta. ¡Gustarme! Odio de muerte esta palabra. ¿Qué hombre habrá á quien no le guste, á quien no le robe el pensamiento, todo el corazon?..... ¡Gustar! El otro dia me preguntaron si Ossian me gustaba.

11 de Julio.

La señora M... está muy mala. Ruego á Dios por su vida, porque sufro viendo que Carlota sufre. No la veo sino alguna vez en casa de una de sus amigas, donde hoy me ha contado una historia singular. El señor M..... es un viejo avaro, perverso y repugnante, que ha tenido atormentada y muy sujeta á su mujer toda la vida: ella, sin embargo, ha sabido sacar fruto de su situacion. Habiéndola desahuciado el mé-

dico hace algunos dias, mandó llamar á su marido, y, en presencia de Carlota, le habló en estos términos: —«Debo confesarte una cosa que, despues de mi muerte, podria ser motivo de inquietud y pesares. Hasta hoy he gobernado la casa con todo el órden y la economía posibles; pero debo pedirte perdon porque te he engañado durante treinta años. Desde nuestro casamiento, fijaste una cantidad muy pequeña para los gastos de comida y demas de la casa. Cuando ésta ha prosperado, y nuestros negocios han levantado el vuelo, no he podido lograr que aumentes la suma destinada para cada semana: tú sabes que en el tiempo de nuestros mayores gastos me obligabas á atender á todo con un florin diario. He obedecido sin replicar, y cada semana he tomado del cofre del dinero lo indispensable para cubrir mis atenciones, segura de que jamas se sospecharia que una mujer robase á su marido. Nada he malgastado, y sin hacer esta confesion hubiera entrado tranquila en la eternidad; pero sé que la que me suceda en el gobierno de la casa no podrá manejarse con lo poco que tú das, y no quiero que llegues á echarle en cara que tu primera mujer se contentaba con ello.»

He hablado con Carlota sobre la increible ceguedad, que hace que un hombre no

sospeche manejo alguno en una mujer que con siete florines cubre de domingo á domingo todos los gastos, cuando se ve que éstos pasan del doble. Sin embargo, conozco gente que hubiera recibido en su casa sin asombrarse, la inagotable cántara de aceite del profeta.

13 de Julio.

No, no me engaño: leo en sus ojos negros el verdadero interes que le inspiran mi persona y mi suerte. Conozco, y en esto debo creer á mi corazon, que ella..... ¡Oh! ¿Podré y me atreveré á expresar en estas palabras la dicha celestial que siento? Conozco que me ama.

¡Soy amado!..... ¡Si vieras como me quiero ahora; si vieras..... te lo diré, porque tú sabrás comprenderme: si vieras lo mucho más que valgo á mis propios ojos, desde que soy dueño de su amor! ¿Somos realmente el uno del otro por sentimiento ó sólo por vanidad? No conozco hombre alguno capaz de robarme el corazon de Carlota, y, á pesar de ello, cuando ésta habla de su futuro esposo, con todo el calor, con todo el amor posible, me hallo como el desgraciado á quien despojan de todos sus títulos y honores, y le obligan á entregar su espada.

16 de Julio.

¡Ah! ¡qué sensacion tan grata inunda todas mis venas, cuando por casualidad mis dedos tocan los suyos, ó nuestros piés se tropiezan debajo de la mesa! Los aparto como de un fuego, y una fuerza secreta me acerca de nuevo á pesar mio. El vértigo se apodera de todos mis sentidos, y su inocencia, su alma cándida, no le permiten siquiera imaginar cuánto me hacen sufrir estas insignificantes familiaridades. Si pone su mano sobre la mia cuando hablamos, y si en el calor de la conversacion se aproxima tanto á mí que su divino aliento se confunde con el mio creo morir como herido por el rayo, Guillermo, y este cielo, esta confianza, si llego á atreverme.... Tú me entiendes. No, mi corazon no está tan corrompido. Es débil, demasiado débil..... Pero en esto ¿no hay corrupcion?

Carlota es sagrada para mí. Todos los deseos se desvanecen en su presencia. Nunca sé lo que experimento cuando estoy á su lado: creo que mi alma se dilata por todos mis nervios.

Hay una sonata que ella ejecuta en el clave con la expresion de un ángel: ¡tiene tal sencillez y tal encanto! Es su música favorita y le basta tocar su primera nota para

alejar de mí zozobras, cuidados y aflicciones.

No me parece inverosímil nada de lo que se cuenta sobre la antigua mágia de la música. ¡Cómo me esclaviza este canto sencillo! ¡Y cómo sabe ella ejecutarlo en aquellos instantes en que yo sepultaria contento una bala en mi cabeza!.... Entónces, disipándose la turbacion y las tinieblas de mi alma, respiro con más libertad.

18 de Julio.

Guillermo, sin el amor, ¿qué sería el mundo para nuestro corazon? Lo que una linterna mágica sin luz. Apénas se introduce la lamparilla, cuando las imágenes más variadas aparecen en el lienzo diáfano. Y aunque el amor no sea otra cosa que fantasmas pasajeros; esto basta para labrar nuestra dicha, cuando deteniéndonos á contemplarlos, como niños alegres, nos extasiamos con tan maravillosas ilusiones. Hoy no he podido ir á casa de Carlota; una visita inevitable lo ha impedido. ¿Qué hacer? He enviado á mi criado sin más objeto que el de tener cerca de mí á alguno que la haya visto hoy. ¡Con cuánta impaciencia le he esperado ¡Con qué alegría he vuelto á verle! Le hubiera besado, á no ser el colmo de la locura.

Cuentan que la piedra de Bolonia, cuando se pone al sol, absorbe los rayos, y puede luégo alumbrar parte de la noche: en este caso se hallaba mi criado para mí. La idea de que los ojos de Carlota se habian fijado en su cara, en sus mejillas, en los botones de su casaca y en el cuello de su abrigo, hacia todo esto tan sagrado y tan precioso para mí, que en aquel momento no hubiera yo dado á mi sirviente por mil escudos. Su presencia me llenaba de gozo. ¡Dios te libre de reirte! Guillermo, ¿se puede llamar ilusiones á lo que nos hace felices?

19 de Julio.

¡La veré! exclamo con júbilo por la mañana, cuando al despertarme, lleno de alegría, dirijo mis miradas hácia el naciente sol: ¡la veré! y no tengo otro deseo en todo el dia. Lo demas desaparece ante esta esperanza.

20 de Julio.

Vuestra idea de que me vaya con el Embajador de..... no es aún la mia. No me gusta depender de nadie, y ademas sabemos que ese hombre es áspero en su trato. Dices que mi madre se alegrará de verme

ocupado. Deja que me ria. ¿No tengo ya bastante que hacer? Y en el fondo, ¿no es lo mismo que yo cuente guisantes que lentejas? Todas las cosas de este mundo vienen á parar en bagatelas, y el que por complacer á los demas, contra su gusto y sin necesidad, se fatiga corriendo tras la fortuna, los honores ú otra cosa cualquiera, es siempre un loco.

24 de Julio.

Dado el interes que manifiestas en que no descuide el dibujo, casi preferia callarme á decirte que desde hace mucho tiempo apénas me he ocupado de tal cosa.

Jamas he sido tan feliz; jamas me ha impresionado la naturaleza tan profundamente: hasta una piedrecilla, un tallo de hierba..... y sin embargo, no sé como expresarme. ¡Mi imaginacion está tan débil! Todo vaga y oscila ante mí de tal modo, que ni siquiera puedo coger un contorno. A pesar de ello me figuro que si tuviese barro ó cera modelaria perfectamente cuanto concibo. Si esto dura, me entretendré con barro comun, aunque no haga más que bolitas.

Tres veces he comenzado el retrato de Carlota y las tres me ha salido mal. Esto me es tanto más sensible, cuanto que hace poco tiempo tenía yo gran facilidad para sacar

el parecido. Ultimamente he hecho su retrato de perfil; preciso será que me contente con él.

25 *de Julio.*

Sí, Carlota, yo cuidaré de todo y lo arreglaré todo; solo os pido que me deis más encargos y con más frecuencia. Tambien tengo que haceros una súplica: no useis la salvadera cuando me escribais. He besado con efusion la carta de hoy y todavía rechina la arenilla entre mis dientes.

26 *de Julio.*

Más de una vez me he propuesto no verla tan á menudo; pero ¿quién podria cumplirlo? Todos los dias me vence la tentacion y todos tambien me digo á mi mismo solemnemente:—«Mañana no iré»; pero cuando mañana se vuelve hoy, hallo un nuevo y poderoso motivo que me conduce á su casa, ántes de haberme dado cuenta de ello. Ya porque me ha preguntado por la noche si nos verémos al dia siguiente, y sería una grosería no ir; ya porque me ha hecho algun encargo y quiero yo mismo decirle el resultado; ya porque, estando la mañana deliciosa, me voy á Wahlheim, desde donde solo falta media legua para llegar á

su casa, y su atmósfera me atrae..... ¡zas! me planto allí de un brinco. Sabía mi abuela un cuento de una montaña de iman: los bajeles que se acercaban demasiado, perdian de pronto todo el herraje; los clavos volaban hácia la montaña, y los pobres marineros perecian entre las tablas, que se iban sumergiendo unas tras otras.

30 *de Julio.*

Alberto ha llegado y yo me marcharé. Aunque él fuese el mejor y más noble de los hombres, y yo me reconociera inferior bajo todos conceptos, me sería insoportable que á mi vista poseyese tantas perfecciones. ¡Poseer!.... Basta, Guillermo, el novio está aquí. Es un jóven bueno y honrado que nadie puede dejar de querer. Felizmente yo no he presenciado la llegada: me hubiera desgarrado el corazon. Es tan generoso, que ni una sola vez se ha atrevido aún á abrazar á Carlota en mi presencia. ¡Dios se lo pague! La respeta tanto que debo quererle. Se muestra muy afectuoso conmigo y supongo que esto más es obra de Carlota que efecto de su propia inclinacion: las mujeres son muy mañosas en este punto y están en lo firme; cuando pueden hacer que dos de sus adoradores vivan en buena inteligencia, lo que sucede pocas

veces, lo hacen, y el provecho indudablemente es para ellas.

Sin embargo, no puedo rehusar mi estimacion á Alberto. Su exterior tranquilo forma marcadísimo contraste con mi carácter turbulento, que en vano desearia ocultar. Tiene una sensibilidad exquisita y no desconoce el tesoro que posee con Carlota. Parece poco dado al mal humor que, como sabes, es el vicio que más detesto.

Me juzga hombre de talento, y mi amistad con Carlota, unida al vivo interes que tomo en todas sus cosas, da más valor á su triunfo y la quiere cada vez más. No me meteré en averiguar si suele atormentarla á solas con tal ó cual chispazo de celos; pero confieso que si yo estuviese en su lugar no dejaria de sentirlos.

Sea lo que quiera, la alegría que yo experimentaba al lado de Carlota se ha desvanecido. ¿Diré que esto es locura ó ceguedad? Pero ¿qué importa el nombre? La cosa no puede ser más clara. No sé hoy nada que no supiera ántes de la llegada de Alberto; no ignoraba que no debia formar ninguna pretension respecto á Carlota y tampoco la habia formado..... quiero decir, únicamente sentia lo que es inevitable sentir al contemplar tantos hechizos; y así y todo, no sé qué me pasa al ver que el otro llega y se alza con la dama.

Estoy que bramo, y mandaré á paseo á todo el que diga que debo resignarme, y que como esto no podia suceder de otro modo..... ¡vayan al diablo los razonadores! Vago por los bosques, y cuando llego á casa de Carlota y veo á Alberto sentado junto á ella, entre el follaje del jardinillo, y tengo precision de detenerme, me vuelvo loco de atar y hago mil necedades. — «En nombre del cielo, me ha dicho hoy Carlota, os ruego que no repitais la escena de anoche: estais espantoso cuando os poneis tan contento.» Te diré, para entre nosotros, que acecho todos los instantes en que él tiene que hacer; de un salto me meto entónces en su casa y me vuelvo loco de alegría siempre que ella está sola.

8 *de Agosto.*

Te ruego, querido Guillermo, que te persuadas de que no pensaba en tí cuando calificaba de insoportables á los que recomiendan resignacion, siempre que sucede lo que es lógico que suceda. Verdaderamente no me ocurria entónces que tú fueses del mismo parecer. Tienes razon en el fondo, pero escucha una palabra, amigo mio. En el mundo se sale pocas veces de un apuro con un dilema. Los sentimientos y las acciones tienen tantos matices como grada-

ciones hay entre una nariz aguileña y otra chata.

No creo que te enojes, si admitiendo tu argumento en todas sus partes, procuro salvarme entre dos supuestos. — «O tienes alguna esperanza respecto á Carlota, me dices, ó no tienes ninguna. En el primer caso trata de realizarla, esfuérzate para ver cumplidos tus deseos; en el segundo caso ármate de valor y haz por librarte de una pasion funesta que te aniquilará.» Amigo mio, esto está muy bien dicho..... y se dice pronto.

¿Puedes exigir al desdichado cuya vida se extingue poco á poco por irresistible influjo de una enfermedad lenta, puedes exigir, digo, que en un instante ponga fin á sus dolores con una puñalada? El mal que debilita sus fuerzas, ¿no le quita al mismo tiempo el valor necesario para librarse de él? Es verdad que puedes contestarme con una comparacion análoga. ¿Habrá quien no prefiera cortarse un brazo á arriesgarse á perder la vida por indecision y cobardía? No lo sé: y como no hemos de entablar una lucha de comparaciones, hago punto. Sí, Guillermo, tengo algunas veces momentos de un valor súbito y vehemente, y cuando esto sucede, me bastaria saber adonde he de ir..... para irme sin vacilar.

Por la tarde.

Me he encontrado hoy con mi diario entre las manos, del que apénas me ocupo hace tiempo, y noto con estupefaccion el modo que he tenido de avanzar á sabiendas, paso á paso, en este negocio, conduciéndome como un muchacho á pesar de haber visto siempre con claridad mi situacion. Hoy mismo la veo clara como la luz, y, sin embargo, no hay un solo síntoma de alivio.

10 de Agosto.

Si yo no fuese un loco podria pasarme la vida más feliz y sosegada. Pocas veces se reunen para alegrar un corazon circunstancias tan favorables como las que me rodean. Esto afirma mi creencia de que nuestra felicidad depende de nosotros mismos. Formar parte de esta amable familia, ser querido de los padres como un hijo, de los niños como un padre, y de Carlota..... y de este excelente Alberto, que no turba mi dicha con celos ni mal humor, que me profesa verdadera amistad, y que ve en mí á la persona que más estima en el mundo, despues de Carlota!... Guillermo, es un placer oirnos cuando vamos de paseo y hablamos de ella; nunca se ha ima-

ginado nada tan chistoso como nuestra situacion, y, sin embargo, las lágrimas algunas veces humedecen mis ojos.

Cuando me habla de la virtuosa madre de Carlota, y me refiere que poco ántes de morir dejó al cuidado de ella la casa y los niños, y al de él á Carlota; que desde entónces la jóven ha revelado dotes inusitadas; que se ha vuelto una verdadera madre con la direccion de los asuntos domésticos; que todos los momentos de su vida están esmaltados por la ternura y el trabajo, sin que jamas hayan sufrido alteracion su buen humor y su alegría.... Yo camino junto á él, cogiendo las flores que encuentro al paso, con las cuales hago un bonito ramillete, y lo arrojo al cercano rio, siguiéndolo con la mirada miéntras se aleja en las ondas mansamente. No sé si te he dicho que Alberto permanecerá en esta ciudad y que espera de la córte, donde es muy querido, un buen empleo. Conozco pocas personas que le igualen en el órden y el apego á los negocios.

12 de Agosto.

Alberto es indudablemente el mejor de los hombres que cobija el cielo: ayer me pasó con él un lance peregrino. Habia ido á su casa á despedirme, porque se me an-

tojó dar un paseo á caballo por las montañas, desde donde te escribo ahora. Yendo y viniendo por su cuarto vi sus pistolas.— «Préstamelas para el viaje, le dije.—Con mucho gusto, respondió, si quieres tomarte el trabajo de cargarlas; aquí sólo están como un mueble de adorno.» Tomé una: él continuó:— «Desde el chasco que me ha ocurrido por mi exceso de precaucion, no quiero cuentas con esas armas.» Tuve curiosidad de saber esta historia, y él dijo:— «Habiendo ido á pasar tres meses en el campo con un amigo, llevé un par de pistolas: estaban descargadas, y yo dormia tranquilo. Una tarde lluviosa en que no tenía nada que hacer, se me ocurrió la idea, no sé por qué, de que podian sorprendernos, hacer falta las pistolas, y..... tú sabes lo que son apreciaciones. Di mis armas al criado para que las limpiase y las cargára. Jugando éste con las criadas, quiso asustarlas, y al tirar del gatillo, la chimenea, Dios sabe cómo, dió fuego, y despidiendo la baqueta que estaba en el cañon, hirió en un dedo á una pobre muchacha. Sobre consolarla tuve que pagar la cura, y desde entónces dejo siempre las pistolas vacías. ¿De qué sirve la prevision, querido amigo? El peligro no se deja ver por completo. Sin embargo.....» Ya sabes cuánto quiero á este hombre; pero me en-